

- CEC *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1992
- CP Santa Teresa de Jesús, *Camino de perfección*
- CV Francisco, Exhortación apostólica *Christus vivit*, 2019
- DCe Benedicto XVI, Carta encíclica *Deus Caritas est*, 2005
- DV Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Dei Verbum*, 1965
- EE San Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*
- EsE San Pedro Poveda, *Escritos Espirituales*
- EG Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 2013
- GE Francisco, Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, 2018
- LS Francisco, Carta encíclica *Laudato si'*, 2015
- PC Concilio Vaticano II, Decreto *Perfectae caritatis*, 1965
- PO Concilio Vaticano II, Decreto *Presbyterorum ordinis*, 1965
- SC Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, 1963
- Vd Santa Teresa de Jesús, *Vida*

BIBLIOGRAFÍA

ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE CATEQUETAS (AECA), *Nuevo Diccionario de Catequética*, San Pablo 1999.

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Sagrada Biblia*, BAC 2010.

DELEGACIÓN DE CATEQUESIS DE SEVILLA (M. NAVARRO, Y M. SÁNCHEZ), *Oraciones del cristiano. Para rezar en familia*, PPC 2014.

ELÍAS YANES, *Hombres y mujeres de oración*, San Pablo 2007.

FRANCISCO, *Catequesis del sobre el padrenuestro*, Audiencias generales diciembre 2018-mayo 2019.

JOSÉ ANTONIO PAGOLA, *Silencio y escucha frente a la cultura del ruido y la superficialidad*, Idatz Editorial Diocesana 2001.

PABLO CERVERA BARRANCO, *Escuela de grandes orantes*, San Pablo 2010.

SANTA TERESA DE JESÚS, *Las Moradas*, San Pablo 2007.

SANTA TERESA DE JESÚS, *Poesías en Obras completas de Santa Teresa de Jesús*, BAC 2018.

Invitados a un encuentro íntimo con el Señor

Si los discípulos le dijeron a Jesús: “Maestro, enséñanos a orar”, hoy y siempre muchos seguidores de Jesús siguen deseando orar, quieren aprender a orar.

El Dios vivo y verdadero llama incansablemente a cada persona al encuentro misterioso de la oración. Esta iniciativa de amor del Dios fiel es siempre lo primero, la iniciativa del hombre es siempre una respuesta. (CEC 2567)

Esta afirmación del *Catecismo de la Iglesia Católica*, punto de partida de este libro, es como el hilo conductor, que va desarrollándose a través de todas sus páginas, desde la experiencia del Amor de Dios a sus criaturas. Dios se manifiesta al hombre y este camina a su encuentro, hasta llegar a fundirse los dos en un diálogo amoroso que transforma la vida.

La oración forma parte esencial de nuestro ser cristianos, pero en nuestra vida cotidiana nos cuesta orar. A veces es por falta de tiempo o bien por poca motivación real y el no poder orar nos desanima. En la práctica vivimos nuestra oración como una asignatura pendiente. Creo que esta obra puede ser un instrumento más que idóneo para ayudarnos en la aventura de zambullirnos en el encuentro con Dios.

Al recorrer sus páginas, se percibe una oferta de proceso oracional en sus distintas formas de manifestación de Dios a la persona humana, y de respuesta de la persona orante a su Señor. Manifestaciones y respuestas que aparecen tanto en el Antiguo y el Nuevo Testamento, como a lo largo de toda la Historia de la Iglesia y en nuestra sociedad actual. El verdadero Centro, Modelo y Maestro de oración se nos ofrece en Jesús, el Dios hecho hombre, que hace de su vida una oración, que invita y enseña a orar y que escucha la oración que brota de la fe. Y, junto a él, María, su Madre, que meditaba y guardaba todas las cosas en su corazón, y que se proclamó dichosa porque Dios había hecho grandes cosas en ella. Así el camino del conocimiento de Dios se vive en *la comunión (Koinonía) con el Padre y con su Hijo Jesucristo*, y esta atracción es la de su Espíritu de comunión.

Junto a la exposición sencilla y al mismo tiempo profunda de cada uno de sus capítulos, sus autores nos ofrecen distintas formas de oración y experiencias concretas de grandes orantes y de gente sencilla, que se han encontrado con el Señor en la práctica de la oración personal y comunitaria, y que pueden ayudar a salir al paso de las dificultades y objeciones que con frecuencia surgen a todo creyente que busca al Señor. Aun siempre teniendo en cuenta que para orar hay tantas maneras como personas. El hecho de poder entrar en relación personal con Dios es un don del Espíritu.

El objetivo de esta obra no es introducir en un tratado teológico y espiritual sobre la oración, aunque al estar fundamentado en la Sagrada Escritura, en el *Catecismo de la*

Iglesia Católica y otros documentos de la Iglesia, no carece de estas dimensiones. Sobre todo, quiere entusiasmar a los lectores, de tal forma que necesiten entrar en este camino que conduce directamente al encuentro íntimo con el Señor y que, como dice Santa Teresa: “No es otra cosa oración sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama”. Una oración intensa, pues, que sin embargo no aparta del compromiso en la historia: abriendo el corazón al amor de Dios, lo abre también al amor de los hermanos, y nos hace capaces de construir la historia según el designio de Dios.

Los autores son personas de oración que, sin duda, ayudan a otros en este proceso y que no hablan desde la teoría, sino desde la experiencia propia y de las personas a las que acompañan. Manuel lo hace en su calidad de sacerdote y de acompañante, sobre todo en los Ejercicios Espirituales en la vida diaria y en otros procesos personales, y por vivir él inmerso en esta experiencia. María, como asociada de la Institución Teresiana, que desde las enseñanzas y experiencias de santa Teresa de Jesús y de san Pedro Poveda, se ha ido introduciendo, desde pequeña, en su práctica, y ha ido recorriendo un camino largo, donde no han faltado las dificultades y noches oscuras, pero ha sido y es para ella, una experiencia fuerte de encuentro con el Señor, que ha sabido transmitir a otros muchos, en su dedicación, durante más de cincuenta años, a la catequesis y muy especialmente a la formación de catequistas y al acompañamiento de jóvenes y adultos.

Por la calidad espiritual de sus autores y por su exposición muy pedagógica y vivencial, sin duda puede atraer a otros que buscan y necesitan orar, pero no saben cómo introducirse en este camino sorprendente que conduce al encuentro con el Señor, desde las claves del amor, la fe, la confianza y la humildad, de quien se sabe pobre y necesitado del verdadero amor y de una auténtica comunicación con su Señor, y todo lo espera de Dios, que es su verdadera riqueza.

Por ello, creo que tanto los jóvenes como los adultos, los padres de familia y todos aquellos que estén interesados en vivir esta aventura de la oración o estén ya en este proceso, pueden encontrar en este libro estímulo y ayuda para esta experiencia espiritual.

Antero Pascual Rodríguez

Profesor de Espiritualidad en el Centro de Estudios Teológicos y Rector del Seminario metropolitano de Sevilla

INTRODUCCIÓN

Con este libro se completa la reflexión sobre las cuatro partes del *Catecismo de la Iglesia Católica*, iniciadas por María Navarro en las dos primeras partes: **Creo** y **La celebración cristiana**, continuada por ella y Manuel Sánchez Sánchez en **La vida en Cristo**, y en este último libro: **Oramos**.

■ Necesitamos comunicarnos con Dios

Todas las personas necesitamos relacionarnos unas con otras, sobre todo con las más cercanas. Si no lo hacemos nos empobrecemos y no llegamos a madurar como personas.

Por otra parte, vivimos en una sociedad necesitada de la experiencia de Dios, aunque en muchos casos nos encontramos bastante alejados de él. Se ha introducido un modo de ver y de pensar en el mundo, que cada vez parece interesar menos todo lo que hace relación al sentido de lo sagrado. No hay sitio ni tiempo para Dios, ni para la experiencia religiosa. Al hombre contemporáneo solo parece interesarle el bienestar, el placer, el éxito, la seguridad; es, por tanto, cada vez más indiferente a lo “importante” de la vida, a las grandes cuestiones de la existencia. Sin embargo, es difícil vivir una vida que busca solo gozar, poseer, dominar, etc. La carencia de interioridad impide a muchos construir su vida de forma digna y gozosa, desarrollando las energías y posibilidades que en cada persona se encierran. Hoy, más que nunca, el ser humano necesita adentrarse en su propio misterio y llegar al corazón de la vida, allí donde es totalmente él mismo. Está hecho para cultivar el espíritu, acoger el misterio y experimentar el gozo interior del encuentro con Dios.

La vida cristiana está formada por una cadena de relaciones y encuentros que parten de la comunicación de Dios con los hombres y mujeres, y de estos con Dios. Si no cultivamos la relación con Dios, nuestra fe se enfría, nuestro amor no crece, nuestra esperanza no tiene fundamento sólido y nuestro amor a los demás es poco consistente. Esta relación trascendente es con un Dios que es Padre, y no puede ser egocéntrica, ni utilitaria, ni dominante, ni manipuladora de Dios. Se trata de una relación gratuita, amorosa, confiada. De ella surge la fe, el amor, la esperanza y el compromiso transformador, que parte de nuestra propia conversión.

Nuestra comunicación con Dios puede realizarse a través de los actos de nuestra vida, y muy especialmente a través de la celebración de los sacramentos, sobre todo de la Eucaristía y de la oración. También a través de la familia, del trabajo, de la amistad, de los pobres, etc. En este libro nos centramos en la relación con Dios a través de la oración. Necesitamos orar.

¿De dónde viene la oración del hombre? Cualquiera que sea el lenguaje de la oración (gestos y palabras), el que ora es todo el hombre. Sin embargo, para designar el lugar de donde brota la oración, las Escrituras hablan a veces del alma o del espíritu, y con más frecuencia del corazón (más de mil veces). Es el corazón el que ora. Si este está alejado de Dios, la expresión de la oración es vana. (CEC 2562)

■ Finalidad de este libro

Con estas páginas pretendemos:

- Ayudar a descubrir la grandeza de la oración y la importancia de ella en la vida del cristiano.
- Despertar el gusto por la oración, como comunicación amorosa con Dios, que es la que hace posible la comunicación fraterna.
- Introducir en distintas experiencias y formas de orar, tanto personal como comunitariamente, apoyados en el Espíritu que actúa en nosotros.
- Presentar, a través de la reflexión y de diversos testimonios, los frutos de la oración personal y comunitaria.

■ Contenidos

Están recogidos en ocho capítulos, teniendo como referencia fundamental la cuarta parte del *Catecismo de la Iglesia Católica*: “La oración cristiana”.

1. La oración en la Biblia : *Antiguo Testamento*: Los orígenes, Los patriarcas, Moisés, los profetas, David, los salmos y *Nuevo Testamento*: Jesucristo, María, los primeros cristianos.
2. Qué es orar. La oración en la vida del cristiano
3. Cómo orar.
4. La oración de la Iglesia.
5. El padrenuestro. Primera parte.
6. El padrenuestro. Segunda parte.
7. Maestros de oración.
8. Testigos hoy.

■ Pedagogía

La pedagogía es muy sencilla. A través de **esquemas, de la reflexión, el diálogo y de experiencias de distintos tipos de oración**, se va adentrando en la teología y la mística de la oración, que conducen a **descubrir en la propia vida** los logros y las deficiencias en este camino de escucha y diálogo con el Señor, hasta llegar a **introducir en la experiencia gozosa del encuentro con Él**, como don del Espíritu que habita en nosotros.

La estructura de cada capítulo es la siguiente:

- Comienza con una síntesis sobre el contenido del mismo.
- A continuación, se desarrolla con el apoyo de esquemas, la reflexión personal o en grupo, y un breve resumen de cada apartado.
- Termina con una oración, de distinto tipo, que puede hacerse personal o comunitariamente, según se trabaje y reflexione individualmente o en grupo (parroquial, familiar, de movimiento o asociación, etc.).

CAPÍTULO

1

La oración en la Biblia



La iniciativa de amor del Dios fiel es siempre lo primero en la oración, la iniciativa del hombre es siempre una respuesta. A medida que Dios se revela, y revela al hombre a sí mismo, la oración aparece como un llamamiento recíproco, un hondo acontecimiento de Alianza. A través de las palabras y las acciones, tiene lugar un trance que compromete el corazón humano. Este se revela a través de toda la historia de salvación. (CEC 2567)

EN SÍNTESIS

ANTIGUO TESTAMENTO	NUEVO TESTAMENTO
<ul style="list-style-type: none"> ● Una mirada a la realidad: La búsqueda de Dios. ● Dios sale al encuentro. ● El hombre conversa y camina con Dios. ● “Cara a cara con Dios”. ● La oración de intercesión, de acción de gracias y de alabanza. ● Acogida de la voluntad de Dios. 	<ul style="list-style-type: none"> ● Jesús <ul style="list-style-type: none"> – Su relación con el Padre. – Ora en todos los momentos de su vida y enseña a orar. ● María <ul style="list-style-type: none"> – Fidelidad al sí dado a Dios. – Canta las maravillas de Dios. ● La primera comunidad <ul style="list-style-type: none"> – En oración recibe al Espíritu. – Sigue los pasos de Jesús.

1 UNA MIRADA A LA REALIDAD: LA BÚSQUEDA DE DIOS

■ La persona humana busca a Dios

El hombre y la mujer, en lo más profundo de su realidad humana, sienten un anhelo de Algo o Alguien que está más allá de todo lo que el mundo les puede ofrecer para ser feliz. La búsqueda es a veces difícil y borrosa, porque vivimos en una sociedad consumista, materialista y hedonista que, lejos de preocuparse por la auténtica felicidad de la persona y por su bien interior y espiritual, solo se dedica a ofrecerle sucedáneos de felicidad, con la finalidad de servirse de ello de una manera lucrativa, sin importarle el estado interior de la persona.

La persona humana, que siente ese vacío interior, busca de una manera confusa, más o menos conscientemente aquello que le pueda llenar de alegría, de bien, de verdad. Busca a Dios, a veces casi sin darse cuenta y hasta por caminos equivocados.

■ Dios busca primero

Olvide el hombre a su Creador o se esconda lejos de su Faz. Corra detrás de sus ídolos o acuse a la divinidad de haberlo abandonado, el Dios vivo y verdadero llama incansablemente a cada persona al encuentro misterioso de la oración, Esta iniciativa de amor del Dios fiel es siempre lo primero, la iniciativa del hombre es siempre una respuesta. (CEC 2567)

Dios dialoga con el hombre y se revela a través de toda la historia de salvación, que tiene su plenitud en Jesucristo, y continúa revelándose en la Iglesia. Consciente o inconscientemente, los hombres y mujeres, tanto en los orígenes de la historia de salvación, como hoy, reclaman algo que no es técnica, ni ciencia, ni doctrina religiosa, sino experiencia viva del que es la Fuente del ser y el Salvador de la persona humana. Esta experiencia, se va alimentando a lo largo de las distintas etapas del Antiguo Testamento, y especialmente con la llegada de Jesús al mundo, y alcanza su plenitud en el encuentro sorprendente de los hombres y mujeres con Jesús, el Señor, después de su resurrección.

2 ANTIGUO TESTAMENTO

Por la creación, Dios llama a todo ser desde la nada a la existencia. “Coronado de gloria y esplendor” [Sal 8,6] el hombre, es después de los ángeles, capaz de reconocer “¡qué glorioso es el Nombre del Señor por toda la tierra” [Sal 8,2]. Incluso después de haber perdido a Dios, por su pecado, el hombre sigue siendo imagen de su Creador. Conserva el deseo de Aquel que le llama a la existencia. Todas las religiones dan testimonio de esta búsqueda esencial de los hombres [cf. Hch 17,27]. (CEC 2566)

LA ORACIÓN DEL PUEBLO DE ISRAEL

Ora caminando en la presencia de Dios.	Adán y Eva y sus hijos conversan con Él. Abraham camina en la presencia del Señor, lo escucha y lo obedece. Moisés conversa cara a cara con Dios. Intercede por el pueblo. Jacob vive la oración como un combate de la fe. Los profetas entran en intimidad con Dios e interceden por los hermanos, a quienes anuncian lo que han visto y oído del Señor.
Ora acogiendo la voluntad de Dios.	Ana intercede y da gracias, acogiendo el don de Dios. Samuel acoge la llamada de Dios. “Habla, Señor que tu siervo escucha”. Job , en la prueba dice: “Dios me lo dio, Dios me lo quitó, bendito sea el nombre del Señor”. David . Su oración es adhesión fiel a la promesa divina.

Ora con salmos e himnos

Los salmos, son cantos de alabanza, acción de gracias, de súplica, de evocación de las promesas de Dios, etc.

Los himnos son un ejemplo de oración nacida del recuerdo.

■ Ora caminando en la presencia de Dios

Dios amó desde el principio al hombre (varón y mujer), a quien creó a su imagen y semejanza. Tanto le amó que nunca se separó de él, a pesar de sus infidelidades y envió a su Hijo Unigénito a restablecer el mal causado por el pecado. De este modo, la oración está unida a la historia de los hombres. Él está presente siempre en los acontecimientos de la historia humana. Haremos un breve recorrido por el Antiguo Testamento, desde los orígenes, hasta la llegada de Jesús al mundo.

La revelación de la oración en el Antiguo Testamento se encuadra entre la caída y la elevación del hombre, entre la llamada dolorosa de Dios a sus primeros hijos: “¿Dónde estás?... ¿Por qué lo has hecho?” [Gn 3,9.13] y la respuesta del Hijo único al entrar en el mundo: “He aquí que vengo a hacer, oh Dios, tu voluntad” [Heb 10,5-7]. De este modo la oración está unida a la historia de los hombres; es la relación a Dios en los acontecimientos de la historia humana. (CEC 2568)

Nuestros primeros padres viven la oración a partir de las realidades de la creación, como diálogo, con el Creador, como invocación y como ofrenda agradable a su Señor. Adán y Eva convivían con Dios en el paraíso, hablaban con Él como con otra persona.

En ese diálogo continuo, Dios interpela a Adán y el hombre le contesta. Dios pregunta: “¿Dónde estás?”... Adán contesta: “Oí tu ruido en el jardín y me dio miedo...” (Gn 3,9).

Después de la desobediencia al mandato de Dios, del primer pecado, Dios sigue manteniendo amistad con el hombre, en un diálogo de amor, porque Él es el Padre fiel, que no abandona a sus hijos, aunque sean infieles y pecadores, y les promete un Salvador.

Las ofrendas de *Abel* agradan a Dios. A *Caín*, después de haber matado a su hermano, en ese diálogo de Dios con el hombre, le hace caer en la cuenta de su pecado. Le pregunta: “¿Dónde está tu hermano? ¿Qué has hecho?”... y Caín contesta “¿Soy acaso el guardián de mi hermano?” (Gn 4,10).

■ La oración de los elegidos para una misión

Quiso Dios, con su bondad y sabiduría revelarse a Sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad... En esta revelación, Dios invisible, movido de amor, habla a los hombres como amigo, trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía. (DV 2).

En el proceso religioso de los hombres del Antiguo Testamento, nos encontramos con muchos personajes bíblicos a los que Dios se les va revelando poco a poco, y elige

a algunos para una misión concreta que Él les confía, y a la que ellos dan una respuesta valiente, confiada y llena de fe.

En el tiempo de los **Patriarcas**, la oración va unida a la misión confiada; se nos hace cercana sobre todo a partir de Abraham y de Jacob.

En ambos, la oración se presenta como una lucha de fe vivida en la confianza en Dios que es fiel y en la certeza de la victoria prometida a quienes perseveran. En ellos aparece nuevamente el protagonismo de Dios que sale a la búsqueda del hombre, aunque este se aparte de Él.

Abraham es llamado por Dios para que sea padre de un gran pueblo, el pueblo de Israel. Abraham obedece el mandato de Dios y “se pone en camino”. Dios se le va revelando poco a poco a partir de su respuesta valiente, confiada, llena de fe. Su oración se expresa con hechos: en silencio, construye un altar. Más tarde experimenta la duda de la fe y habla con Dios con palabras en forma de queja, recordándole sus promesas: “Señor Dios, ¿qué me vas a dar si soy estéril, y Eliezer de Damasco será el amo de mi casa?”. El Señor le prometió que tendría descendencia y “Abrahán creyó al Señor y se lo contó como justicia” (Gn 15,2-6; *cf.* CEC 2570).

Pasa por la purificación de la fe. Ante la petición de Dios de que sacrifique a su único hijo, Abraham no duda y se dispone a hacer lo que Dios le indica, aun a pesar de que esto no responde a la promesa que Dios le había hecho de multiplicar su descendencia (*cf.* Gn 22).

Cuando Dios le llama, Abraham parte “como se lo había dicho el Señor” [Gn 12,4]: todo su corazón se somete a la Palabra y obedece. La obediencia del corazón a Dios que llama es esencial a la oración, las palabras tienen un valor relativo. Por eso, la oración de Abraham se expresa primeramente con hechos: hombre de silencio, en cada etapa construye un altar al Señor. Solamente más tarde aparece su primera oración con palabras: una queja velada recordando a Dios sus promesas que no parecen cumplirse [*cf.* Gn 15,2-3]. De este modo surge desde los comienzos uno de los aspectos de la tensión dramática de la oración: la prueba de la fe en la fidelidad a Dios.

Habiendo creído en Dios [*cf.* Gn 15,6], marchando en su presencia y en alianza con él [*cf.* Gn 17,2], el patriarca está dispuesto a acoger en su tienda al Huésped misterioso: es la admirable hospitalidad de Mambré, preludio a la anunciación del verdadero Hijo de la promesa [*cf.* Gn 18,1-15; Lc 1,26-38]. Desde entonces, habiéndole confiado Dios su Plan, el corazón de Abraham está en consonancia con la compasión de su Señor hacia los hombres y se atreve a interceder por ellos con una audaz confianza [*cf.* Gn 18,16-33]. (CEC 2570-2571)

En **Jacob**, la oración aparece como una lucha de fe vivida en la confianza a la fidelidad de Dios y en la certeza de la victoria prometida a quienes perseveran. De su oración hace un culto agradable a Dios.

Dios renueva su promesa a Jacob, origen de las doce tribus de Israel [cf. Gn 28,10-22]. Antes de enfrentarse con su hermano Esaú, lucha una noche entera con “alguien” misterioso que rehúsa revelar su nombre, pero que le bendice antes de dejarle al alba. La tradición espiritual de la Iglesia ha tomado de este relato el símbolo de la oración como un combate de la fe y una victoria de la perseverancia. (CEC 2573)

Durante su viaje a Betel, Jacob se durmió, recostando su cabeza sobre una piedra y vio una escala de ángeles que subían y bajaban y en cuya cumbre estaba Yavhé que le habló así:

Yo estoy contigo y te guardaré por donde quiera que fueres y volveré a traerte a esta tierra porque no te dejaré hasta que hayas hecho lo que te he dicho. (Gn 28,15)

Al despertar del sueño, Jacob reconoció la presencia del Señor en su camino, ungió la piedra sobre la que había estado recostado y prometió fidelidad a Yavhé. Toda su vida estuvo íntimamente persuadido de que Dios estaba con él.

Moisés responde a la iniciativa de Dios que lo envía a colaborar con Él en la salvación de su pueblo. Su oración es de intercesión. Dios interviene primero y llama a Moisés desde la zarza ardiendo.

Dios llama a Moisés desde la zarza ardiendo [cf. Ex 3,1-10]. Este acontecimiento quedará como una de las figuras principales de la oración en la tradición espiritual judía y cristiana. En efecto, si “el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob” llama a su servidor Moisés es que él es el Dios vivo que quiere la vida de los hombres. Él se revela para salvarlos, pero no lo hace solo ni contra la voluntad de los hombres: llama a Moisés para enviarlo, para asociarlo a su compasión, a su obra de salvación. Hay como una imploración divina en esta misión, y Moisés, después de debatirse, acomodará su voluntad a la de Dios salvador. Pero en este diálogo en el que Dios se confía, Moisés aprende también a orar: se humilla, objeta, y sobre todo pide y, en respuesta a su petición, el Señor le confía su Nombre inefable que se revelará en sus grandes gestas. (CEC 2575)

Moisés dialoga con Dios “cara a cara” en el monte y confía en Él, se humilla y pide por el pueblo.

Dios hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo [cf. Ex 33,11]. La oración de Moisés es típica de la oración contemplativa, “conversa” con Dios frecuentemente y durante largo rato, subiendo a la montaña para escucharle e implorarlo, bajando hacia el pueblo para transmitirle las palabras de su Dios y guiarlo. (CEC 2576; cf. 2577)

Desde entonces la oración del pueblo de Dios se desarrolla a la sombra de la Morada de Dios, del Arca de la Alianza y más tarde del Templo, bajo la guía de los pastores especialmente del rey David, y de los profetas.

La oración del pueblo de Israel en el periodo anterior al exilio, se destaca por la intercesión, es decir, la oración no solo por el que ora, sino por otros (Ex 32,11-13; 33,12-16; Nm 11,11-15, Dt 9,18.21), poniéndose en la posición de mediadores entre Dios y los demás. La relación personal entre esos mediadores y Dios es lo que sirve de soporte a esas oraciones. En otras ocasiones (Dt 29,1-15) lo que destaca es la acción de gracias y la promesa.

■ La oración de los profetas

Para el pueblo de Dios, el Templo debía ser el lugar donde aprender a orar: las peregrinaciones, las fiestas, los sacrificios, la ofrenda de la tarde, el incienso, los panes de la “proposición”, todos estos signos de la santidad y de la gloria de Dios, Altísimo pero muy cercano, eran llamamientos y caminos para la oración. Sin embargo, el ritualismo arrastraba al pueblo con frecuencia hacia un culto demasiado exterior. Era necesaria la educación de la fe, la conversión del corazón. Esta fue la misión de los profetas antes y después del destierro. (CEC 2581)

En la Biblia, los profetas son los grandes orantes que tienen experiencia de Dios y les preocupa la situación de la gente, por la que interceden ante Yahvé. Tienen la misión de educar al pueblo en la fe y conducirlos a la conversión del corazón, a la experiencia de un Dios que los acompaña y les interpela. Elías, el padre de los profetas, “se recoge”, como Moisés, en la “hendidura de la roca”, hasta que pasa la presencia misteriosa de Dios (cf. 1 Re 19,1-4; Ex 33,19-23).

En el “cara a cara” con Dios, los profetas extraen luz y fuerza para su misión. Su oración no es una huida del mundo infiel, sino una escucha de la palabra de Dios es, a veces, un debatirse o una queja y siempre una intercesión que espera y prepara la intervención de Dios salvador, Señor de la historia. (CEC 2584)

¡Señor Dios, por favor, perdónalo! ¿Cómo podrá resistir Jacob siendo tan débil...? (Am 7,2-5)

Yo dije: ¡Ay de mí, estoy perdido! Yo hombre de labios impuros, que habito en medio de gente de labios impuros, he visto con mis ojos al Rey, Señor del universo”. (Is 6,5-8)

La oración de **Jeremías**, que se sabe elegido, manifiesta la *soledad* y al mismo tiempo la *seguridad* del creyente frente al pueblo y frente a Dios que le ha llamado a proclamar una palabra, que irá suscitando divisiones y discusiones, enfrentamientos, rechazo y soledad.

El Señor me dirigió la palabra: Antes de formarte en el vientre, te elegí; antes de que salieras del seno materno, te consagré: te constituí profeta de las naciones. (Jr 1,6)

Me sedujiste, Señor y me dejé seducir; has sido más fuerte que yo y me has podido. He sido a diario el hazmerreír, todo el mundo se burlaba de mí. Cuando hablo, tengo que gritar, proclamar violencia y destrucción. (Jr 20,7-8)

Señor del universo, que examinas al honrado y sondeas las entrañas y el corazón, que yo vea tu venganza sobre ellos, pues te he encomendado mi causa. Cantad al Señor, alabad al Señor, que libera la vida del pobre de las manos de gente perversa. (Jr 20,12-13)

Tú ya lo sabes, Señor: acuérdate de mí, protégeme, véngame de mis perseguidores. No por dar largas a tu ira vayan a acabar conmigo, pues soporto ultrajes por tu causa... (Jr 15,15)

Esta oración es característica del auténtico creyente, que espera que Dios esté de su parte y “discute con Él”. Es una *oración-discusión*.

En otras oraciones, Jeremías manifiesta la seguridad del creyente y expresa su alegría, su fe, y la esperanza reencontrada:

Tú, Señor, me conoces, me examinas y has comprobado mi buena actitud hacia ti. (Jr 12,3)

Si encontraba tus palabras, las devoraba; tus palabras me servían de gozo, eran la alegría de mi corazón. (Jr 15,16)

Cúrame, Señor y quedará curado; ponme a salvo y a salvo quedaré, pues a Ti se dirige mi alabanza. (Jr 17,14)

■ Ora acogiendo la voluntad de Dios: Ana y su hijo, Samuel, Job y David

Ana, cuyo nombre significa “favor o gracia”, era estéril, y rogaba a Dios pidiéndole un hijo, con estas palabras:

Señor del universo, si miras la aflicción de tu sierva y te acuerdas de mí y no olvidas a tu sierva y concedes a tu sierva un retoño varón lo ofreceré al Señor por todos los días de su vida. (1 Sam, 11ss)

Ana halló el favor de Dios y concibió y tuvo un hijo a quien llamó Samuel. Ana oró de nuevo diciendo:

Mi corazón se regocija en el Señor, mi poder se exalta por Dios. Mi boca se ríe de mis enemigos, porque gozo con tu salvación. No hay santo como el Señor, ni otro fuera de ti, ni roca como nuestro Dios... Se rompen los arcos de los valientes, mientras los cobardes se ciñen de valor. Los hartos se contratan por el pan, mientras los hambrientos engordan... Él levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre para hacer que se siente entre príncipes... (1 Sam 2,1-10)

Samuel, escucha y acoge la llamada de Dios, está atento a su voluntad: “*Habla, Señor, que tu siervo escucha*” (1 Sam 3,10).

Job, ante la prueba, después de perder la salud y todos sus bienes y a su familia, acogió la voluntad de Dios y alabó a Dios diciendo:

Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré a él. El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó, bendito sea el nombre del Señor. (Job 1,21)

David ruega por su pueblo y en su nombre. Ante su reconocimiento del propio pecado, se humilla, pide perdón al Señor. Su arrepentimiento y alabanza será modelo de la oración del pueblo.

Ungido de Dios, su oración es adhesión fiel a la promesa divina [cf. 2 Sam 7,18-29], confianza cordial y gozosa en aquel que es el único Rey y Señor. (CEC 2579)

■ Ora con salmos e himnos

Los **salmos** son una colección de poemas de varios autores que, inspirados por Dios narran sus maravillas, elogian la ley, se lamentan, se quejan, alaban agradecen y suplican a su Dios, su Rey, su Guía, su Consejero, su Pastor, su Fuente de agua viva...

Constituyen una experiencia privilegiada para comprender lo más profundo de la oración bíblica.

- Van presentando la oración del Pueblo de Israel a lo largo de toda su historia, con sus triunfos y sus dramas, sus búsquedas y sus encuentros con su Dios.
- En ellos encontramos las reacciones y expresiones que salen del corazón, las resonancias que las acciones divinas iban suscitando, los gestos de Dios y sus hazañas en favor del pueblo. Podemos decir que los salmos son historia rezada y vivida.
- Son, en su conjunto, una expresión magnífica de la vida humana, un retrato de las alegrías, sufrimientos y de los sentimientos del ser humano. Todo ello en clave de diálogo con Dios, expresado poéticamente.
- Al mismo tiempo nos ayudan a apreciar lo más sólido que hay en el hombre: su virtud, su rectitud y fidelidad, su buen corazón. Son una buena clave para repasar la historia de salvación y alabar a Dios.

Dad gracias al Señor, porque es eterna su misericordia...

Solo Él hizo grandes maravillas...

Hizo sabiamente los cielos...

Afianzó sobre las aguas la tierra...

Sacó a Israel de aquel país...

con mano poderosa, con brazo entendido.

Guio por el desierto a su pueblo...

Les dio su tierra en heredad...

Porque es eterna su misericordia. (Sal 136)

El Señor es mi Pastor, nada me falta:

en verdes praderas me hace recostar;

me conduce hacia fuentes tranquilas

y repara mis fuerzas... (Sal 23)

Es fácil descubrir que la oración de los salmistas nace de la fe, de la convicción de Israel de que Dios está presente en el pueblo y el pueblo camina con Él. Es Dios el que

se anticipa, Él obra las maravillas en el pueblo y en cada persona, es Él quien atiende su situación personal y comunitaria. El pueblo le responde agradeciendo, alabando, evocando las hazañas, admirando las maravillas de Dios, suplicando, etc.

Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza;
Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador.
Dios mío, peña mía, refugio mío, escudo mío,
mi fuerza salvadora, mi baluarte. (Sal 18,2-3)

Yo te invoco porque tú me respondes, Dios mío;
inclina el oído y escucha mis palabras.
Muestra las maravillas de tu misericordia,
tú que salvas de los adversarios,
a quien se refugia a tu derecha.
Guárdame como a la niña de tus ojos.
A la sombra de tus alas escóndeme. (Sal 17,6-8)

Venid a ver las obras de Dios,
sus temibles proezas a favor de los hombres:
transformó el mar en tierra firme, a pie atravesaron el río.
Alegrémonos en Él. (Sal 66,5-6)

Que los montes traigan la paz, y los collados justicia,
defiendan a los humildes del pueblo,
socorra a los hijos del pobre y quebrante al explotador. (Sal 72,3-4)

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren. (Sal 34,2-3)

Los salmos son un elemento esencial en la oración de la Iglesia. Recitar los salmos no quiere decir rellenarlos de nosotros mismos. Son ellos los que tienen que enriquecernos, porque es el Espíritu de Dios el que va esculpiendo nuestro espíritu

Los **himnos**. Dentro del género de los salmos, son un ejemplo de oración nacida del recuerdo de las maravillas de Dios. En ellos se incluyen los “salmos reales”, “salmos de entronización” y los llamados “salmos mesiánicos”. Pertenecen a esta familia los salmos 8,19,28, 33, 65, 66, 100, 104, 105, 111, 113, 136, 145, 146, 148-150. Por ejemplo:

El cielo proclama la gloria de Dios,
el firmamento pregonar la obra de sus manos... (Sal 19,2-3)

Oh Dios, tu mereces un himno en Sion,
y a ti se te cumplen los votos en Jerusalén,
porque tú escuchas las súplicas... (Sal 65,2-3)

Bendice alma mía al Señor.
¡Dios mío, qué grande eres!
Te vistes de belleza y majestad,

la luz te envuelve como un manto.
Extiendes los cielos como una tienda,
construyes tu morada sobre las aguas;
las nubes te sirven de carroza... (Sal 104,1-3)

Reflexión personal o en grupo

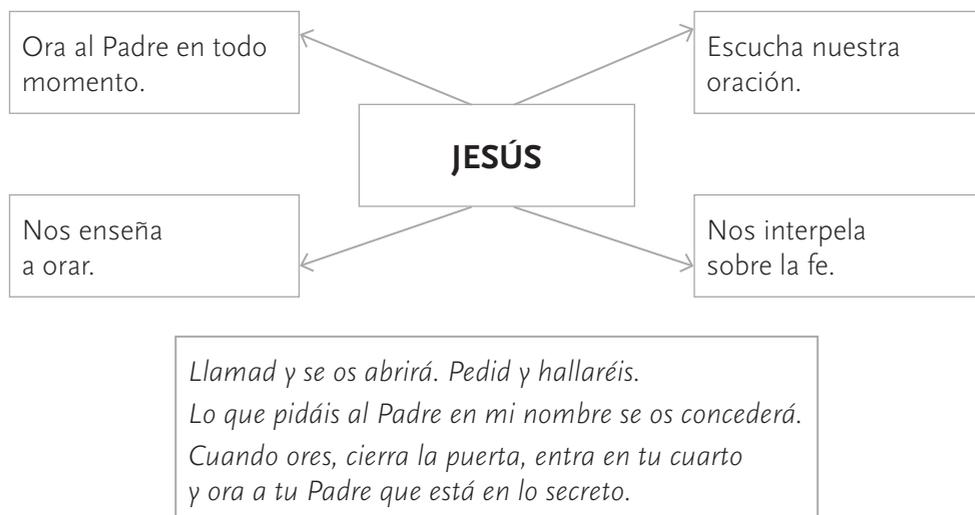
- Después de este breve recorrido por la experiencia oracional del pueblo de Israel; destacad aquellos aspectos, que os han resultado más significativos para el pueblo y para vosotros hoy.
- Reflexionad: ¿Por qué? ¿Qué han aportado a vuestra práctica de la oración?

EN RESUMEN

- Dios llama incansablemente a cada persona al encuentro amoroso con Él.
- La oración acompaña al pueblo, a lo largo de toda la historia de la salvación.
- Recogemos en este resumen los números 2591 a 2597 del *Catecismo de la Iglesia Católica*.
 - La oración de Abraham y de Jacob aparece como una lucha de fe vivida en la confianza a la fidelidad de Dios, y en la certeza de la victoria prometida a quienes perseveran.
 - La oración de Moisés responde a la iniciativa del Dios vivo para la salvación de su pueblo. Prefigura la oración de intercesión del único mediador, Cristo Jesús.
 - La oración del pueblo de Dios se desarrolla a la sombra de la Morada de Dios, el arca de la alianza y el Templo, bajo la guía de los pastores, especialmente el rey David, y de los profetas.
 - Los profetas llaman a la conversión del corazón y, buscando siempre el rostro de Dios, como Elías, interceden por el pueblo.
 - Los salmos constituyen la obra maestra de la oración en el Antiguo Testamento. Presentan dos componentes inseparables: individual y comunitario. Y cuando conmemoran las promesas de Dios ya cumplidas y esperan la venida del Mesías, abarcan todas las dimensiones de la historia. Rezándolos en referencia a Cristo, y viendo su cumplimiento en él, los salmos son elemento esencial y permanente de la oración de su Iglesia. Se adaptan a los hombres de toda condición y de todo tiempo.

3 NUEVO TESTAMENTO

1 La oración de Jesús



■ Jesús ora al Padre

El Hijo de Dios hecho hombre también aprendió a orar conforme a su corazón de hombre. Él aprende de su madre las fórmulas de oración; de ella, que conservaba todas las “maravillas” del Todopoderoso y las meditaba en su corazón [cf. Lc 1,49; 2,19; 2,51]. Lo aprende en las palabras y en los ritmos de la oración de su pueblo, en la sinagoga de Nazaret y en el Templo. Pero su oración brota de una fuente secreta distinta, como lo deja presentir a la edad de los doce años: “Yo debía estar en las cosas de mi Padre” [Lc 2,49]. Aquí comienza a revelarse la novedad de la oración en la plenitud de los tiempos: la oración filial, que el Padre esperaba de sus hijos va a ser vivida por fin por el propio Hijo único en su humanidad, con y para los hombres. (CEC 2599)

Jesús, a lo largo de toda su vida, está en continua comunicación con el Padre. Permanece en constante oración. Es el gran orante. Ora con su pueblo y como su pueblo, tanto en las sinagogas (Lc 4,16-21) como en el templo de Jerusalén (Lc 2,41-43; Jn 7,14). Ora en el silencio y en la soledad, en la montaña y en el descampado (cf. Lc 5,16; Mc 1,35; 6,46; Lc 5,16). Y ora con los suyos, con la comunidad.

San Lucas subraya, de una manera especial la oración en los diversos acontecimientos de la vida de Jesús.